



Capítulo 4.

Otro Ángulo de Mirada para la Pedagogía de los Saberes sobre la Naturaleza

El presente capítulo identifica las potencialidades ancestrales de las culturas Muisca Kamunkwawishe y Uitoto, como base para un giro epistémico que permita superar la crisis civilizatoria, configurando la Pedagogía de los Saberes sobre la Naturaleza. Para ello, se parte del reconocimiento de un ángulo de mirada, como una forma singular de comprender y actuar en el mundo. En la construcción de una nueva episteme para la Enseñanza de las Ciencias Naturales (ECN), en la IENSC, surge la necesidad de cuestionar la colonización del pensamiento, evidenciada en la imposición del conocimiento científico como única verdad y en la negación de las dimensiones intangibles de la realidad, como la espiritualidad.

Desde los estudios decoloniales, se comprende que la colonización epistemológica bloqueó la diversidad de conocimientos, imponiendo un modelo basado en la objetividad, la medición y la observación. Esto llevó a la exclusión de las epistemes de los pueblos de la Tierra, en par-

ricular aquellas que integran la espiritualidad como parte fundamental del conocimiento. Como resultado, en la educación formal, la ECN ha privilegiado una visión materialista de la realidad, impidiendo que los sujetos construyan su propia episteme y comprendan su relación con el mundo, desde una perspectiva más amplia.

A pesar de que las epistemes antiguas han sido relegadas, no han desaparecido. Subsisten en la memoria de los pueblos y pueden ser recuperadas o reconfiguradas. Para ello, se requieren dos condiciones: el reconocimiento de la memoria como fuente de conocimiento y la capacidad de los sujetos de construir pensamiento propio. En este sentido, la descolonización del pensamiento no implica un rechazo a la ciencia, sino la apertura a otras formas de conocer y comprender el mundo, en particular aquellas que reconocen la interconexión entre lo tangible e intangible.

En este proceso, la ancestralidad de las culturas Muisca Kamunkwawishe y Uitoto se presenta como una fuente fundamental para la construcción de una nueva episteme para la ECN. A través de la memoria, se revelan concepciones sobre el ser humano, la naturaleza y la relación entre ambos, estableciendo un cuerpo epistémico que vincula tres dimensiones centrales: la existencia del sujeto, la red rizomal de la naturaleza y la ley de origen, presente en la ancestralidad. Estas dimensiones no se presentan de manera aislada, sino interrelacionadas, permitiendo una comprensión más profunda de la realidad y del papel del ser humano en el cuidado de la vida.

La necesidad de un giro epistémico, parte de la urgencia de liberar el pensamiento de la colonización, permitiendo al sujeto conectar con su realidad desde su interioridad y exterioridad. Este proceso implica la historización, entendida como el reconocimiento de la propia trayectoria en relación con los otros. Sin embargo, la ancestralidad trasciende la historización, al incorporar la memoria como fuente de conocimiento y vinculación con lo sagrado. Así, el sujeto no solo reconoce su historia, sino que se ancestraliza, accediendo a una comprensión más profunda de su existencia y de su relación con el territorio, los otros y lo otro.

Desde esta perspectiva, la ancestralidad no es un retorno al pasado, sino una potencia que recrea la diversidad. Lejos de ser un dogma que impone una única verdad, permite la manifestación de múltiples identidades y ángulos de mirada, posibilitando la construcción de una episteme propia. Al ancestralizarse, el sujeto reconoce su conexión con su entorno y con lo sagrado, comprendiendo que su existencia está tejida en una red de relaciones interdependientes. Esta comprensión se traduce en una identidad que no coloniza ni homogeniza, sino que fortalece la diversidad.

En este contexto, los recortes de memoria emergen como elementos fundamentales en la construcción de la identidad del sujeto. Estos recortes, enraizados en la ancestralidad, se manifiestan en la relación con el territorio, el cuerpo y el pensamiento. La diversidad de experiencias y perspectivas individuales, se convierte en la base de una episteme plural, que permite al sujeto reconocerse y dignificarse en su singularidad. De este modo, al tomar conciencia de la colonización de su pensamiento, el sujeto se ve impulsado a ancestralizarse, recuperando su propio rostro y su humanidad.

En este proceso, la ancestralidad moviliza la realidad de otra manera, pues al comprenderse en relación con los otros y con lo otro, el sujeto reconoce la necesidad de lo intercultural. La diversidad no es una barrera, sino una posibilidad de diálogo entre diferentes formas de entender el mundo y de completarse y construirse cada sujeto con las diferentes perspectivas. En este sentido, la investigación revela que, al adentrarse en la memoria de las culturas Muisca Kamunkwawishe y Uitoto, emergen conocimientos vinculares e interculturales, con el potencial de contribuir a la construcción de un cuerpo epistémico para la ECN. Estos conocimientos no solo permiten una comprensión más amplia del mundo, sino que ofrecen herramientas para su transformación, estableciendo una pedagogía basada en el cuidado de la vida.

Pensarnos como "Seres Creados"

En la construcción de la episteme para la ECN, surgen preguntas fundamentales: ¿qué es el ser humano? ¿qué es la naturaleza? ¿cómo funciona? ¿qué la rige y qué la compone? Las respuestas desde la ciencia, con sus leyes naturales, resultan limitadas. En cambio, la ancestralidad, a través del mito, aporta claves en donde la idea fuerza es que los seres humanos somos seres creados junto con otras creaturas. Por ello, para comprender qué es el ser humano, no puede ignorarse lo otro creado.

En la ECN es esencial entender con qué nos relacionamos, por qué y cómo. El mito niega la idea del ser humano como entidad única y aislada, planteando una realidad holográfica, en donde múltiples creaturas se imbrican. Así, al pensarnos desde el mito, se abordan tres dimensiones: humana, natural y ancestral.

Desde la ciencia, el ser humano se explica desde lo material (físico, químico, fisiológico), y su relación con la naturaleza se basa en la ecología, en donde la materia y la energía circulan en redes tróficas. Este enfoque encierra el pensamiento, pues no explica lo intangible, vinculado a la espiritualidad. En consecuencia, la ECN ha reducido la relación ser humano-naturaleza a la materialidad, promoviendo acciones como la conservación o la reforestación, sin abrirse a una comprensión más profunda.

Es crucial contemplar lo intangible en la ECN, ampliando el pensamiento hacia una visión rizomal donde circulan más que materia y energía. Al explorar esta dimensión desde el mito, se reconoce que los seres humanos no son solo producto del azar o de la evolución, sino seres creados con espíritu. Esta idea nos conduce a la ancestralidad y al origen, interrogándonos: ¿quién nos creó?

La existencia de un origen está presente en la ancestralidad de los pueblos de la Tierra, como en las culturas Uitoto y Kamunkwawishe, lo que sugiere una raíz común o camino compartido. Reconocerse como

seres humanos implica no solo historización, sino ancestralización: un retorno más allá del tiempo, utilizando la memoria como dispositivo. Así, se distingue entre el sujeto existente, vinculado a la historia y lo social, y el ser humano, cuya existencia se enmarca en la relación con la naturaleza y la creación.

Los mitos de creación de ambas culturas son particulares: en la Kamunkwawishe, el universo surge de una semilla con la asistencia de fuerzas creadoras; en la Uitoto, del soplo del Padre Creador. La imagen de la semilla es clave para comprender la dimensión espiritual: toda semilla tiene una nuez (plan/ADN) y una pulpa (aliento de vida/nutrientes para el embrión). La nuez representa la esencia y la memoria de cada ser; la pulpa, la asistencia del Creador.

Toda creatura es una semilla con su propia esencia y aliento de vida. Para la ancestralidad, la creación está poblada de gentes: humana, animal, vegetal, hongo, mineral, entre otras. Cada una es una semilla con un plan para ser lo que es, lo que le indica su memoria. La naturaleza sigue su proceso de naturalización, mientras que el ser humano transita un camino de humanización, distinguiéndose de las demás creaturas.

En la naturaleza, no solo circula materia y energía, sino esencias y aliento de vida. Además, cada semilla sigue principios que guían su propósito: la ley de naturalización rige a la naturaleza; la ley de humanización orienta al sujeto; y la ley de origen, de la cual emergen ambas, incluye deidades, principios y acuerdos primigenios. El mito del origen y sus narraciones transmiten consejos, principios éticos, conjuros y cantos.

El reconocimiento de los seres humanos como seres creados es parte de la ley de origen. Cada creatura realiza su plan en interdependencia con otras, formando una red rizomal que sostiene la vida en el planeta. Ninguna especie se sostiene a sí misma; incluso las plantas, aunque fotosintetizan, dependen de la esencia lumínica del sol, del agua y de los minerales del suelo. La interconexión es vital: la desaparición de una especie rompe el entramado, afectando a otras en un efecto en

cascada. Por ello, en el mito del origen se pactó un acuerdo ancestral entre los humanos y la naturaleza, para preservar la vida, un convenio vigente ante la crisis civilizatoria actual.

Este pensamiento tiene implicaciones profundas. En la cosmovisión Kamunkwawishe, la fuerza sagrada se conoce como Chiminigagua; en la Uitoto, como Navede Moo Buinaima (padre) y Navede Eño Buinaño (madre). Desde la imagen de la semilla, toda creatura refleja un soplo que impulsa su plan para expresarse. ¿Qué distingue al ser humano?

Según el mito Uitoto, cuando el padre creó la naturaleza, se preguntó cómo era su rostro y, al reunir todas las esencias, sopló para crear al hombre y la mujer. Por ello, el anciano Cantalicio afirma que los humanos somos a imagen y semejanza del Creador, fundamento para la sanación: “estas manos son como las del padre y si él creó y se sanó según el mito, las mías también son sanadoras”.

De este fragmento mitológico surgen dos premisas. Primero, los humanos reflejan toda la creación: al alimentarse de la naturaleza, incorporan todas sus esencias. Segundo, al ser imagen y semejanza del Creador, son cocreadores, con el potencial de transformar la realidad: crear expresiones artísticas, sanar a un enfermo o construir una escuela.

Aquí surge la ley de humanización. Podría pensarse que, al ser imagen del Creador, los humanos son deidades autónomas, sin necesidad de los otros. Esto pondría en riesgo la vida y el equilibrio del planeta. La ley de humanización, entonces, rige la realización de los sujetos dentro de la red rizomal, bajo la ética del cuidado.

Esta ley también es un camino de perfeccionamiento, un sendero hacia la consciencia, entendido como crecimiento hacia la luz, despertarse y fundirse con el origen. Así como la semilla brota de la oscuridad del suelo hacia la luz del sol, los humanos nacen para regresar a su fuente. Por ello, ser Muisca Kamunkwawishe significa “gente nacida de la luz de vida en la tierra, para volver al origen”. Humanizarse es emprender este camino, iluminarnos y alcanzar la plenitud.

El Camino de Humanización

La *Waia We*, es el nombre de la casa ceremonial Muisca Kamunkwawishe, que en lengua significa “casa madre para el despertar del ser”, un espacio que con su nombre remite a preguntar ¿cómo despertar?

Lo que distingue a los humanos de los animales, además de lo mencionado, son los “atributos”, que desde el referente de la semilla reposan en la nuez, y que, al recibir la impronta sagrada del soplo de vida presente en la pulpa, se despiertan.

La mente, la palabra, el espíritu, el cuerpo y el corazón, se consideran “atributos” que identifican al ser humano de lo otro creado. En algunos de ellos reside la asistencia de los creadores. En la mente se halla la palabra del padre como una inspiración, y en el corazón, la palabra de la madre como un palpito. Entonces, ¿dónde queda el sujeto existente con su singularidad? ¿En dónde está la diversidad? En el espíritu, la palabra y el cuerpo, con la aclaración de que la palabra va más allá de la mera verbalización de vocablos. Engloba lo que “pensamos” en la mente, lo que “sentimos” en el corazón, lo que “hablamos” a través la oralidad o la escritura y lo que “hacemos” con las manos o el cuerpo para transformar una realidad.

Sin embargo, cuando la semilla-ser humano se implanta en la Tierra, nace en una realidad dual, similar a otras semillas de la naturaleza. Existe el día y la noche, el calor y el frío, la oscuridad y la luz, el verano y el invierno, entre otras expresiones duales de la naturaleza que se perciben en equilibrio vital, ya que sin ellas no habría manifestación de la vida. La dualidad en la realidad humana abarca lo positivo y lo negativo, identificados en la cosmovisión Uitoto como dos árboles mitológicos. Uno representa “la ilusión”, asociado a lo negativo, a través del “ego”; mientras que el otro simboliza “la abundancia”, representada como lo positivo. Estos se comprenden como caminos. El primero conduce a la individualización, anulando a los otros y lo otro,

lo que, de privar tales relaciones, llevaría a la separación y la muerte. El segundo mantiene el equilibrio, a través del cuidado de la vida.

Al igual que en la dualidad natural para sostener la vida en un constante equilibrio bajo la ley de naturalización, si no existiera tal dualidad en la realidad humana, no se regiría por ley de humanización ni llegaría a despertar el ser. Se comprende que el camino de humanización implica pasar del árbol de la ilusión al árbol de la abundancia, a través de la raíz, entendida como el origen que remonta más allá de la historia, que es lo mismo que ancestralizarnos a través de la memoria, pues algunos atributos humanos como la mente, el cuerpo y la palabra pueden servir a la ilusión (el ego) o a la abundancia (el despertar del ser).

Según el mito Uitoto narrado por el anciano Cantalicio:

[...] cuando la gente del baile le robó a Juma su vestido, él lo recuperó asistiendo a la maloca en donde se encontraba la gente danzando. Luego entonó el canto de humanización, desencadenando un estruendo seguido de rayos, que petrificaron a los bailarines ladrones... (Mambeadero, 9 de mayo de 2023)

Este relato mitológico se relaciona con la formación del Chorro en el río Igará Paraná, porque las piedras ordenadas en fila y de forma circular, como en un baile de maloca, son las que dan la forma particular al Chorro. Todo aquel que pasa por este lugar sagrado, observa las piedras que alguna vez fueron personas. Se percibe como una prisión pétrea, un estancamiento o un estado de inmovilidad, a lo que conduce el ego cuando surge no solo el robo de un ropaje, sino también los celos, la rabia, entre otros estados emocionales, por los que transita un sujeto existente en sus relaciones. De este modo, el camino de la ilusión trae consigo enfermedad, locura, esquizofrenia, sufrimiento, tragedia, miedo, egoísmo, avaricia e incluso la muerte como el suicidio, el asesinato o la guerra.

Por el contrario, el camino de la abundancia es una senda para jecharse como gente humana, despertar el ser, expandir la consciencia,

desarrollar los atributos en función del buen vivir y recordar, con la potencia de la memoria, cómo cuidar.

Así las cosas, para humanizarnos se recurre a estos atributos y se domestica el ego que, al parecer, no se esfuma de la existencia del sujeto; es una condición de la realidad dual. Como menciona el anciano Uitoto, “mal no existe, enfermedad no existe, todo es aprendizaje”. Al nombrar que no existe, claramente se interpreta como ilusión. Solo se acrecienta la consciencia cuando el sujeto se da cuenta, es decir, cuando el estado emocional que lo ha llevado a un conflicto o un desequilibrio, le brinda un aprendizaje.

Si las palabras “darse cuenta”, “consciencia” y “despertar el ser” remiten al camino de humanización, entonces la realidad dual humana puede comprenderse como un estado de adormecimiento. No obstante, en esa semilla humana reside la memoria (ley de origen), cuyo propósito es despertar, es decir, “recordar”. Este proceso de rememoración no ocurre únicamente a través de la memoria histórica, sino también mediante la memoria ancestral. Siguiendo la analogía planteada por el mayor Swaie:

[...] Es como la semilla que está dormida en la tierra y despierta cuando encuentra las condiciones; así va brotando a la superficie, empieza a crecer y del tallo le salen dos cogollos: uno, referente al camino de ilusión y otro, asociado al camino de la abundancia. (Mambeadero, 21 de marzo de 2023)

En suma, hay un camino de consciencia para llegar a ser como la madre y el padre, y, siguiendo los principios éticos del cuidado presentes en la ley de humanización, es posible alcanzarlo. Si este origen es perfección, entonces el ser humano es reflejo que viaja hacia la misma condición. Por lo tanto, la humanización da cuenta de un tránsito, que parte de lo ilusorio donde el ser está adormecido, le impele despertar y mirarse el rostro que es “semejante” al origen, uno “sagrado”.

Ahora bien, para comprender un poco más qué es el ego, desde el sentido de la ilusión, y cómo se puede domesticar esta voz desde los atributos, se hace necesario profundizar en las potencias de estos atributos cuando se despiertan. No se intenta mostrar clasificatoriamente qué es cada uno como un concepto; por el contrario, la ampliación de su comprensión va articulada a la potencia que tienen para silenciar la voz del ego, de donde surge un aprendizaje en el camino de humanización.

Los Atributos Silenciadores de la Voz que no deja Ser

El ser humano se distingue de los animales, pese a compartir un origen común: un padre y una madre de creación, con nombres distintos en las culturas en cuestión. Sus atributos esenciales son el corazón, la mente, la palabra, el cuerpo y el espíritu, en los cuales residen tanto la presencia del origen (padre y madre), como la del sujeto existente, el/la hijo/a.

Antes de profundizar en estos atributos, es fundamental comprender la palabra en la dimensión humana, desde la ancestralidad. Se trata de una potencia que permite al ser humano relacionarse con lo existente, otorgándole un significante (manifestación concreta), un significado (representación conceptual), un sentido (ubicación en contexto) y una acción (expresión corporal). Desde esta perspectiva, la palabra se expresa desde cuatro lugares donde se manifiestan el padre, la madre y el sujeto existente.

La palabra de la madre reside en el corazón y constituye lo que el ser humano siente. La del padre, llega a la mente como una inspiración que impulsa el pensamiento. Luego, dicha construcción se expresa verbalmente como palabra del hijo/a. Finalmente, se manifiesta en la acción, “palabra de las manos”, que ubica las anteriores en la realidad. Así, las cuatro palabras están ligadas a los atributos: el corazón con la madre, la mente con el padre, el cuerpo con la expresión y el espíritu con la consciencia que las integra.

Desde esta perspectiva, se comprende la palabra en su ideal, pero el ser humano es incompleto y enfrenta la dualidad con la ilusión (ego), que interfiere en el camino de humanización. A medida que las cuatro palabras alcanzan coherencia, el sujeto se humaniza porque escucha más su corazón.

El ego es una voz que se instala en la mente, con narrativas basadas en el miedo. Su propósito es hacer creer al sujeto que es autosuficiente, confundiendo “imagen y semejanza del padre” con “ser el padre”. En este enredo, se niega la interdependencia con lo creado. Como la ciencia no asume esta verdad, el ego introduce la ilusión, haciendo que el sujeto piense, hable y actúe de manera incongruente. El anciano Uitoto señala que “somos esquizofrénicos”, porque decimos una cosa, hacemos otra y pensamos diferente. Sin embargo, al enfrentar la ilusión, es posible alinear pensamiento, palabra y acción, proceso que no ocurre de inmediato, sino que es un camino progresivo.

El corazón es el único atributo que no está al servicio del ego, pues en él habita la palabra de la madre, la más primigenia. En el mito de creación Uitoto, el padre surgió de la madre, y ella, como esencia femenina, asiste a sus hijos con su palabra en el corazón. La coherencia empieza cuando el sujeto voltea la mirada hacia su corazón, que indica si está cuidando o descuidando.

“El corazón no es voltearepas, ¡escúchelo!”, advierte el anciano Uitoto. La palabra de la madre, proveniente del origen, se manifiesta en la ética del cuidado. Silenciar la ilusión (ruido, conflicto, juicio), permite escuchar el palpito del corazón y alcanzar el bienestar, el buen vivir.

Para pasar del árbol de la ilusión al de la abundancia, se debe retornar a la raíz: la madre, presente en la memoria del corazón, quien recuerda el acuerdo primigenio del cuidado de la vida. Dado que el sujeto existente es diverso en su pensamiento, historia, relaciones y territorios, su camino de humanización es único. Cada espíritu, cuerpo y palabra enfrenta sus propios desafíos, conocidos como preguntas (Kamunkwawishe) o adivinanzas (Uitoto). La narrativa instalada

en la mente es una máscara que oculta los atributos latentes del ser humano, y mirarse a sí mismo es un desafío mayor que señalar la paja en el ojo ajeno.

La palabra de la madre, centrada en el cuidado, se particulariza según los descuidos del sujeto. Mientras algunos trabajan la soberbia, otros la rabia, ambas manifestaciones del ego afectan a los demás y al propio sujeto. Sin embargo, la diversidad de máscaras es amplia, pues cada persona tiene un desafío específico. El ego, en su multiplicidad, es “la máscara de los mil rostros”, como dicen los ancianos del Amazonas.

Cuando la mente silencia la voz del ego, se devela la máscara y aparece el cuarzo, su estado original: “impávida, diáfana, cristalina”, como lo nombra el anciano Kamunkwawishe Swaie. Así, el sujeto elabora su propio pensamiento en asistencia del padre y la madre.

Silenciar la ilusión es permitir que la mente-cuarzo sea, liberándola de obstrucciones. Por ello, al preguntarle el mayor Swaie a un anciano del Amazonas qué somos, este responde: “somos pura palabra... y la palabra es la abundancia...”, es el murmullo del origen.

Cuando la coherencia llega a la palabra, surge la comunicación con los otros. Desde el ego, esto es imposible, pues el sujeto se ve como único y teme descubrir su verdadera naturaleza relacional. En este miedo, ataca o se defiende para sostener su narrativa, negando el vínculo con los demás. Con la coherencia en las palabras, la comunicación se orienta al cuidado. Así, el atributo de la palabra es para comunicarnos con los otros y lo otro en función del equilibrio. Si la palabra está alineada con el corazón, se identifica el malestar en uno mismo, en los demás y en la naturaleza, permitiendo restaurar la armonía. Como dice el anciano: “somos pura palabra y la palabra es abundancia...”, porque la palabra ordena y equilibra a través del cuidado.

¿Cómo se distingue la palabra del padre y de la madre? Por sus características. El anciano Uitoto aconseja: “su palabra debe ser como la de la madre, dulce y como la del padre, fría”. La palabra dulce alivia,

acompaña y sana con tranquilidad y amor. La palabra fría refresca y renueva la vida en las relaciones.

Aquí surge la relación con la candela y su opuesto, no el agua, sino lo frío, fenómeno que el anciano Swaie asocia con los páramos, donde la neblina alimenta colchones de musgos y líquenes, regulando el agua de los valles.

La candela simboliza estados emocionales, que aceleran la circulación y generan violencia verbal y física. Cuando un sujeto se altera, grita o juzga, la candela está presente, manifestando la máscara del ego. La palabra fría, en cambio, sin adornos ni reacciones impulsivas, serena y desarma la amenaza en la mente del otro. Así, la comunicación con palabra dulce y fría devela la ilusión, primero en quien habla y luego en quien escucha.

De este modo, los atributos del cuerpo, la mente, el corazón, la palabra y el espíritu se despiertan, permitiendo que el ser humano se humanice conscientemente y cuide la red rizomal donde habitan los otros y lo otro.

Pensarnos dentro de la Ley de Naturalización

Lo que se comprende de esta ley en el discurso de los ancianos, es que ella rige la dualidad natural para que sus creaturas sean su plan, es decir, se naturalicen. Adicionalmente, la ley de humanización rige la dualidad de la realidad humana, para que los sujetos existentes se humanicen, es decir, pasen a ser sujetos trascendentes. Sin embargo, al considerar al ser humano dentro de la red rizomal como una condición inquebrantable, porque le permite no solo la supervivencia (vivir) sino la existencia (vivir el plan), en tanto cuida, se concluye que al ser humano lo rige la ley de humanización y al mismo tiempo la ley de naturalización. A pesar de ello, no es un animal ni vegetal porque tiene los atributos que marcan una gran diferencia con las otras creaturas. Se podría decir entonces que lo comanda la “ley de naturahumani-

zación”¹⁰, para marcar una diferencia entre humanos y las creaturas de la naturaleza.

Entonces surge la pregunta por la conexión: ¿Cómo juega el ser humano en el engranaje de estas leyes? La base argumentativa es que no se puede pensar dicha conexión sin contemplar el origen, ya que todo lo creado existe bajo unos principios-leyes que devienen de la ley de origen.

Partiendo del mito Uitoto, la creación se hubiera terminado si el padre no se preguntara por cómo es su rostro. Esto le lleva a reunir todas las esencias creadas, volver a soplar, y es cuando aparecen la mujer y el hombre para ver su imagen. Por otro lado, en el mito también está presente que, todo lo creado fue entregado al ser humano bajo un convenio de cuidado mutuo, porque hace parte de la red rizomal. El anciano Uitoto dice “nosotros somos los dueños de la naturaleza”, una frase que podría prestarse para la confusión. No obstante, la palabra “dueño”, hace referencia a un “ser cuidador” dentro de esta cosmovisión, y está alejada de la connotación de propiedad privada. Adicionalmente, desde las cosmovisiones Uitoto y Kamunkwawishe, la naturaleza está conformada por gente animal, vegetal, mineral, entre otras; y cada una de ellas tiene a su vez sus dueños o cuidadores, llamados “buinaima” (masculino) y “buinaiño” (femenino). Desde la cultura Uitoto, una esencia es algo en particular que permite identificar a la creatura; algo de lo que impregna el dueño a sus hijos. En el mito, la creación fue dándose poco a poco, al convertir una esencia en algo a partir del soplo del creador. Por ejemplo, el tigre tiene una esencia para ver de noche y oler a distancias; la garrapata tiene otra para adherirse fuertemente a la superficie. Cada creatura tiene unos atributos que se los dan las esencias, las que hacen que el tigre sea él y no una garrapata. De este modo, las esencias posibilitan el plan de la creatura, desde el referente de la semilla.

10 Una palabra propuesta por el mamo Palía, en la que se apoya el anciano Swaie y la que asume la investigadora en su ángulo de mirada.

Si los seres humanos tenemos todas las esencias, como una manifestación de lo creado, y también hacemos parte de la naturaleza, la gran pregunta es ¿cómo se cuida? Lo que se aprecia en la actual crisis civilizatoria es que no son suficientes la conservación, la sostenibilidad de las especies y los ecosistemas para futuras generaciones, el reciclaje o la reforestación de cañadas.

Al estar conformado por materia, energía y todas las demás esencias, si una de estas desaparece de la naturaleza (extinción de una especie), es como si el ser humano arrebatadamente se amputara una parte de su cuerpo. Contrariamente, no sucede lo mismo con la naturaleza. A pesar del ser humano hacer parte de la red, si desaparece, la naturaleza seguiría existiendo bajo lo que comande la ley de naturalización, como se aprecia en la selva amazónica, en donde no hay asentamientos humanos. En otras palabras, en la ley de naturalización, estas esencias reflejan el soplo del padre creador que impulsa el plan de la creatura, para que la danta sea danta y no tigre en ese proceso de naturalizarse. Por lo tanto, al hacer parte de la red, el ser humano se subordina a lo que comande la ley de naturalización, pues existe el imperativo de cuidar afuera para poder cuidar adentro. En suma, estas esencias que circulan por la naturaleza, si se desaparecen, se pierde algo intangible desde el cuerpo humano, un medio que tiene el sujeto para el despertar del ser.

Lo expuesto, no solo se plantea desde una desnutrición corporal tangible, sino desde lo sagrado, el intangible aliento de vida que sopla el padre a sus creaturas. Además, porque la ley de naturalización plantea que somos una unidad, un solo cuerpo rizomal, una única red, de tal manera que cuando desaparece allá en la naturaleza, se esfuma acá en el cuerpo, como si una parte reflejara el todo. Así mismo, el ser humano pierde la posibilidad de ser una totalidad (reunidas las esencias), para expresarse adentro de la red rizomal; pero también disipa la otra posibilidad, la de ser como el padre y la madre de creación, entendidos como esa totalidad.

Así las cosas, la ley de naturalización conserva unos principios para mantener el equilibrio en la configuración de la red rizomal. El primero, “dar y recibir” lo intangible y lo tangible. Cada creatura hace parte del tejido cuando recibe algo y da algo, solo si desarrolla su plan como semilla para poder ser. Así como un pájaro “recibe” las semillas del árbol como alimento y cuando defeca, “devuelve” las semillas, esparciéndolas por otros lugares para que surjan nuevos árboles; esto es más que un proceso de adaptación evolutiva, donde sobrevive el más fuerte según la teoría científica.

Lo interesante aquí es que, al ser parte de la red y depender de la naturaleza (tangible e intangible), inicialmente surge una “tensión”. Como el ser humano no la puede anular y agotar por ser su “cuidador” y al mismo tiempo depender, pero, además, porque ella tiene sus “dueños espirituales” (buinaimas y buinaiños), y entonces tiene que llegar a “un acuerdo” de cómo alimentarse de ella dentro del principio de dar y recibir; es decir, cómo recibo y cómo devuelvo lo que circula por ella y, al mismo tiempo, por él mismo. En otras palabras, cómo el ser humano se va a alimentar de la naturaleza y cómo le va a “pagar”, sin quedar en “deuda”. Estas son las implicaciones del acuerdo primigenio del cuidado, por eso no se puede quedar en la superficial acción de reforestar.

Aún más, esa “tensión” se origina incluso desde el mito, cuando el padre se pregunta por cuál es su rostro y entonces, no solo crea la naturaleza, sino después al ser humano y en este momento surge una tensión.

Todo ser humano que nace en esta realidad junto con la naturaleza, entra en la tensión, a pesar de que lo que nos constituye como cuerpo también es naturaleza. La comprensión resalta la diferencia entre tensión y caos. Los hilos de la red rizomal están tensionados, pero si se rompe alguno, se desencadena en cascada el caos, porque unos son gracias a la existencia de otros.

Mirándolo en detalle: ¿Qué es alimentarse? Darse un cuerpo ¿Cómo? Cuando se recibe de la naturaleza esa esencia que está en la lechuga, en el maíz, en el churrasco y se entrega respirando, orinando, sudando y defecando. Ahí se devuelve a manera de pago. Si cojo más de lo que necesito, rompo el hilo de la tensión, generando el conflicto y ocasionando el endeude. Pero lo que se recibe no es solo lo que demanda el cuerpo en su supervivencia. También se interviene, por ejemplo, al abrir un espacio para la chagra, al hacer una explanada para la casa, al ampliar un nacedero de agua para el reservorio, al preparar un brebaje de plantas para curar al hijo enfermo, entre otras situaciones que demanda el sujeto existente en su contexto de la realidad. Si se coge más de lo que se necesita, se rompe el hilo en tensión en la red y se genera un caos, porque es un cuerpo fisiológico, en relación con un espacio que habita en donde surgen otras necesidades como vestido, casa, madera, acueducto, reflejándose así la tensión, no solo para la supervivencia (lo tangible) sino para la existencia en el sentido de la humanización (lo tangible e intangible).

Para mantener en equilibrio esta tirantez, y evitar que se rompan los hilos, aparece el gran atributo humano. “La palabra” permite acordar con la naturaleza, bajo su ley natural, que para la relación específica ser humano y naturaleza en lo Muisca Kamunkwawishe, se menciona como ley de naturahumanización.

Pero la tensión no es solo entre estas dos partes, humano y naturaleza, sino en todos los hilos del rizoma. El gusano se come la madera de un árbol, la boruga se come los gusanos y el tigre la caza cerca del río. Entre tigre, boruga, gusano y árbol hay tensiones. Así se manifiestan, bajo el principio de dar y recibir en la ley de naturalización. Aquí no cabe la visión romántica de la naturaleza. Entonces, cuidar de ella no significa no tocar y/o coger más de lo que se necesita, situación que se ve en la actual sociedad. Grandes extensiones de selvas arrasadas y destinadas a la producción ganadera o agrícola, como la soya, para alimentar el ganado, generándose un desequilibrio que hoy en día pone en jaque la vida sobre el planeta.

Así las cosas, el ser humano podría apoyarse en la palabra ancestral, desde las cuatro expresiones mencionadas anteriormente, para generar un acuerdo que en lo Kamunkwawishe. Se llama “seguá”, ya que la palabra es lo que permite relacionarse con todo lo creado. Como dice el anciano Uitoto, “eso que está afuera es gente y usted habla con ellos como hablarle a una persona porque es gente y le escuchan”. Un ejemplo claro podría ser: “Yo tengo una manera de reproducirme como ser humano, y usted, naturaleza, tiene otra. Vamos al acuerdo. No voy a cazar las hembras que están reproduciéndose o que tienen crías...” Así surge en la caza, la pesca, la huerta, la explanada para la casa, la instalación de la manguera para el acueducto en la vereda; pero, también, podría suceder en un contexto urbano, que aunque tiene edificios, carros o Transmilenio, es naturaleza transformada, no precisamente para hacer el acuerdo con esta materialidad, sino con la gente dueña, que provee la materialidad para que exista el Transmilenio. La reflexión sobre el acuerdo, en un contexto como el urbano, sería más exigente, por eso se plantea un ejemplo sencillo en un contexto rural para la comprensión de la ley de naturalización y de naturahumanización.

Siguiendo con el acuerdo necesario para que la tensión no se rompa, otro ejemplo apreciado en la cosmovisión Uitoto es cuando se abre una chagra. Antes de la tumba de la selva, se observa qué hay ahí: plantas, animales, hongos, entre otros, y se reemplaza la comida de los animales por la de los humanos, haciendo antes un acuerdo. Para conocer qué es lo que hay en el lugar, y por cual se reemplaza, desde luego hay que conocer las dinámicas de la red rizomal desde la cosmovisión, porque en ellas está presente lo tangible y lo intangible. Pero a grandes rasgos, se necesita conocer el calendario ecológico, que no solo está en las cosmovisiones, sino en cada territorio, incluso el raquireño, y va más allá de la mera lectura ambiental de las épocas de verano y de invierno. El calendario ecológico es un conocimiento en donde se expresan las articulaciones entre la naturaleza y los seres humanos, a través de las expresiones de vida.

Concluyendo lo dicho, el dar y recibir es un principio de la ley de naturalización que, al contemplar al ser humano, surge el acuerdo

desde la naturahumanización, como la posibilidad de su existencia y la de la naturaleza. Este convenio implica prácticas de conducta (la palabra actuada), que están en coherencia con lo que se piensa, se siente y se habla, para vivir de una manera cuidadosa y evitar que se rompa la tensión. Porque el cuidar es amar, es decir, permitir que lo otro, e incluso los otros, sean su plan. Por lo tanto, cuidando la naturaleza me amo a mí mismo, porque en mí están todas las esencias.

Ahora bien, qué es lo que lleva al ser humano a ignorar el acuerdo, e incluso a coger más de lo que necesita. El egocentrismo; pensar que es autosuficiente. Una falta de reconocimiento o de “consciencia” de la interconexión. Aquí aparece la ley de humanización, en relación con la ley de naturalización. Esto quiere decir que no se puede contemplar separadamente la imbricación ser humano y naturaleza del camino de humanización; en otras palabras, “como ser humano en el tejido mismo de la creación, soy simultáneamente la totalidad de la existencia. En este entramado, velo por todo, con el cuidado que otorgo a mi propia esencia”. De esta manera, se construye un pensamiento para conducir actitudes relacionales con la naturaleza, bajo estas dos leyes: la de ella y la propia, que se consagran en la de naturahumanización, aclarándose entonces que, la tensión no es solo en la naturaleza, sino entre los sujetos existentes también.

Por consiguiente, surge la pregunta ¿cómo se expresa el des-cuido cuando se irrumpe la ley de naturahumanización? A través de la enfermedad, un aviso que se manifiesta en síntomas corporales, ya que el primer nivel de conexión con los otros y lo otro es el cuerpo. Sin embargo, desde la ancestralidad, la enfermedad no solo son síntomas que se pueden sentir, ver y escuchar corporalmente, sino también cubre aquellos estados emocionales y comportamentales que emergen, por ejemplo, cuando se deteriora una relación de pareja, en donde los síntomas, las afectaciones o las coyunturas aparecen claramente en la historización del sujeto, como lo plantea la Hermenéutica de la Consciencia Histórica. De esta manera, la enfermedad se presenta en dos niveles, el físico y el espiritual. En definitiva, y desde la perspectiva ancestral, la enfermedad es una alerta que vive el sujeto existente para

recordar, lo mismo que despertar en el camino de humanización. Una alerta tan contundente cuando no se transita la ética del cuidado, porque está en riesgo la vida del mismo sujeto.

Ahora bien, la causa es un descuido que desequilibra la relación con los otros y con lo otro; entonces, el origen de la enfermedad surge por la inexistencia del “acuerdo”, tanto entre sujetos como con la gente naturaleza.

Brevemente, la red rizomal nos contempla, ahora, hace falta contemplarnos en ella. Sin embargo, al existir una marcada diferencia entre las gentes naturaleza y la gente humana, existen leyes particulares que no desconocen las tensiones dentro de la red. Desde la ancestralidad, una manera de vivir bajo los principios comandados por las leyes y de manera equilibrada, es con el acuerdo, la palabra con sentido desde la ética del cuidado que lleva al vivir bien.

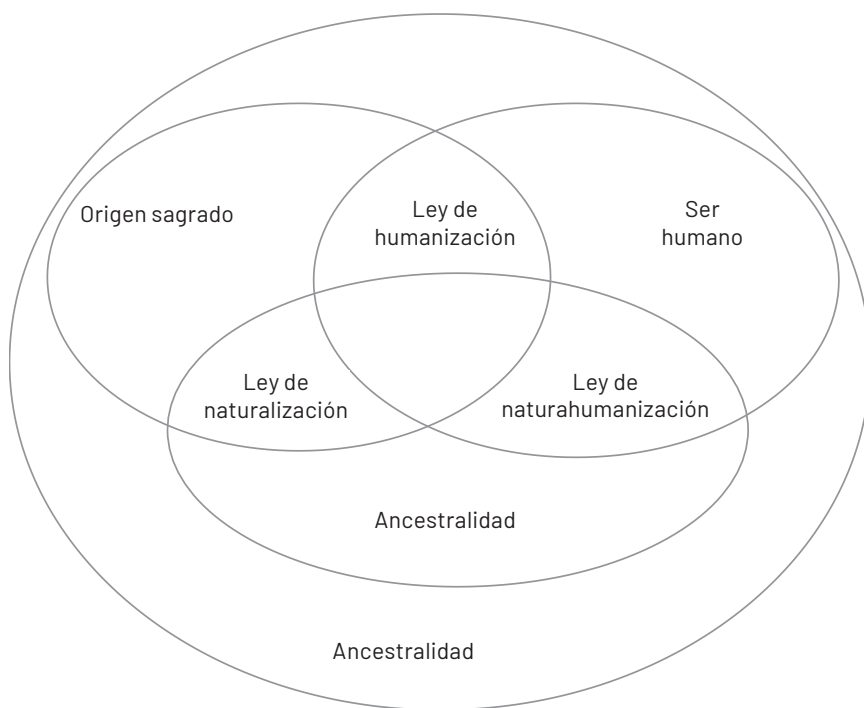
Es importante mencionar que la influencia del ego, a pesar de corresponder a una dualidad de la realidad humana y no natural, tiene sus alcances en la red rizomal, ya que cualquier sujeto depende de ella. La idea de pensarse al ser humano como un dios, el núcleo raizal del ego, lo lleva a un mundo necrófilo, en donde no hay nada por encima de él, anulando los otros y lo otro, llegando así el sufrimiento, la tragedia y la separación, que no es más que una ilusión, una que idolatra la muerte. Al creerse soberano, cualquier expresión que lo lleve a preguntarse cómo está en relación con los otros y lo otro, se convierte en una amenaza. Las moscas, las ratas, las cucarachas, las serpientes, entre otras especies, son una amenaza; también el que piensa diferente, el que comprende diferente, el que vive diferente.

Pensarnos Ancestralizados

En este punto de la presentación del cuerpo epistémico para la ECN, entran en juego las articulaciones más profundas, entre las dimensiones centrales de la investigación: el ser humano, la naturaleza y la ancestralidad; asociadas a tres leyes respectivamente: la humanización,

la naturalización y la de origen. Al graficar el engranaje dimensional de una manera sencilla, en el centro se visualizan unos principios éticos del cuidado, que direccionan la realidad presente para que pervivan las dos culturas (Uitoto y Muisca Kamunkwawishe), o para el objetivo de la investigación, se delinear los principios éticos que configuran el ángulo de mirada, aportando así a la transformación de la ECN.

Figura 2
Engranaje de dimensiones y leyes ancestrales



Nota. Las categorías centrales de la investigación como ancestralidad (origen sagrado), ser humano y naturaleza, configuran dimensiones que se engranan desde un eje central titulado ley de origen. El movimiento interdimensional se da a través de tres leyes ancestrales: humanización, naturalización y naturahumanización. Fuente: Construcción propia (2023).

Desde la ancestralidad, vivir bien es reconocer que hay una ley propia para jecharse como gente humana, distinta a la de la naturaleza. Se trata de ser para vivir bien, ser para estar bien con lo existente.

Asumiendo que el ser humano es creado junto con otros, se inicia un camino de humanización para encontrar en la existencia el bien estar. Esto procura una ética del cuidado, llegando a los acuerdos.

Desde este camino, en las relaciones con los otros y lo otro se establece un diálogo para llegar al acuerdo, pero esta conversación es desde la profunda comunicación, en donde se activan, inicialmente en el sujeto existente, sus atributos propios al ser humano como el corazón, la mente y la palabra.

La senda de la humanización tiene como objetivo ampliar la conciencia, un proceso de autoconocimiento en el cual se desenmascara el ego y se abre espacio para escuchar al corazón. Sin embargo, este proceso resulta incompleto si la palabra que se construye mentalmente como pensamiento, con la asistencia del origen, no conduce a una transformación de la realidad para lograr un buen vivir. Es decir, no es suficiente hablar bien para cuidarse, si el sujeto en su realidad actúa desde el des-cuido. Sería “una palabra en el aire”, dicen los ancianos del Amazonas, cuando no hay coherencia entre lo que el sujeto siente, piensa, dice y hace. Las dos primeras palabras se relacionan con la interioridad del sujeto y las dos últimas, en el plano relacional.

Cuando las emociones, pensamientos y expresiones convergen hacia un mismo propósito o sentido, el sujeto desenreda el complicado nudo que el ego ha tejido en su mente, dando lugar a un valioso aprendizaje. En este momento, el sujeto “se da cuenta” y la apertura de conciencia se manifiesta. Este hallazgo impulsa la orientación y transformación de las actitudes relacionales en su devenir, buscando transformar lo que no deja vivir bien. Es entonces cuando da cuenta, emergiendo una conciencia desde la acción que compromete cada vez más la coherencia de las cuatro dimensiones de la palabra (pensar, sentir, decir y actuar), dentro de un contexto específico.

Una acción importante que surge desde la ancestralidad es el trabajo. En el mito Uitoto sobre la abundancia:

[...] se dijo a la gente de la maloca que al anochecer caerían rayos y truenos para llamar la abundancia, por lo cual era necesario no prender candela en la penumbra. ¡Pase lo que pase, oigan lo que oigan, por ningún motivo vayan a prender la candela! La gente de la maloca se comprometió. En el momento del estruendo atmosférico aparecieron sobre la tierra matas de umarí, chontaduro, caimo, guamo y muchas más, todas cargadas de frutos maduros. Alguien salió y le cayeron en la cabeza esas frutas. Él no podía ver qué era. Así que mandó a prender la candela y traer una antorcha. En ese instante, los árboles se desaparecieron y lo que observó la gente, eran solo pepas de frutas en el suelo. Al día siguiente llevaron estas semillas a la chagra, las sembraron y todos los días salían temprano a trabajar para poder mantener el cultivo hasta cosechar y comer nuevamente de esos frutos. (Mambeadero, 20 de mayo de 2023).

En el mito, la abundancia tiene dos interpretaciones. La primera es un alimento físico que se consigue a través del trabajo. Sin embargo, aparece el hurto, el desfalco, la corrupción, la avaricia, la pereza, el consumo, la acumulación de capital y cualquier otra manifestación del ego, en relación a los otros y desde luego, a lo otro. El ser humano, con sus manos y desde la palabra accionada, puede proveerse a través del trabajo, junto con otros y con lo otro, lo que necesita para vivir bien, tratando de no romper la tensión.

Este proveerse está regulado por la ley de humanización. Por ejemplo, cuando se siembra un árbol, es darle fuerza al otro para que sea su plan, a través de un esfuerzo físico y esto es acompañar. También se aprecia en la minga para la siembra de maíz. A través del trabajo, el sujeto se provee para sí mismo y también otorga fortaleza a los demás y a la naturaleza en su conjunto. Cuando se siembra un árbol en un nacedero, se asegura el agua para que beban los animales, se proporciona un entorno propicio para la incubación de las larvas de las libélulas y se promueve la aparición de diversas expresiones de vida en los alrededores. De este modo, el trabajo se convierte en la vía para retribuir a la naturaleza lo que se ha recibido.

Se concibe un nuevo significado del trabajo, dentro de la abundancia, entendido como un alimento espiritual que, según el anciano Uitoto, se relaciona con el “jenuide”, es decir, la capacidad de manifestar en la exterioridad un aprendizaje tras superar un desafío. La expresión “mal no existe, enfermedad no existe, todo es aprendizaje” plantea una exigencia: la necesidad del sujeto de descifrar su adivinanza y desprenderse de aquello que le impide vivir bien. Así, el trabajo se entiende como todo esfuerzo consciente del sujeto, en coherencia con lo que siente, piensa y habla, con el poder de transformar su realidad, a través de la consciencia. Al mismo tiempo, este proceso le permite sanar, nutrir y liberar a sus creaturas, es decir, permitir que sean su plan.

En este segundo nivel de comprensión de la abundancia, el sujeto enfrenta un desafío que se convierte en una verdadera exigencia. Después de abordar la primera máscara revelada por el ego, trabaja sobre sí mismo y emerge el aprendizaje. A medida que se desvela otra ilusión oculta, el sujeto, consciente de su necesidad de humanizarse, se impone nuevamente el reto, reconociendo que no está viviendo bien al actuar bajo esa apariencia superficial. Este proceso de autoexigencia continua: desentraña capa tras capa, cada vez despertando un poco más.

En el fondo, se trata de construir un pensamiento para develar cómo se manifiesta el rostro del ego, cómo se disfraza, su detonante, la narrativa que crea en el diálogo interno, el guion y papel del sujeto en la tragedia de la que es prudente despertarse, “pues toda la vida es un sueño. Y los sueños, sueños son”. (Calderón de la Barca). Por lo tanto, la máscara es una ilusión que entra por los cinco sentidos, de ahí que el cuerpo también está al servicio del ego. El sujeto se puede quitar la máscara y debajo encuentra otra, se la retira y sigue encontrando otras más, hasta que surja realmente la necesidad de transformar su existencia y hacer venir lo no devenido, el despertar del ser.

En concordancia con lo planteado en la ley de origen, el ser humano tiene la asistencia de la palabra de la madre de creación en su corazón. A través del silencio y la quietud, encuentra claramente la afectación.

Estas dos condiciones, de donde surge la creación del universo, están presentes en la ley de origen Muisca Kamunkuawishe y se recrean cuando las personas poporean en silencio y quietud, dentro del bohío o casa ceremonial. Por esto mismo, el corazón está en relación con la memoria ancestral y de igual manera se dice que cuando se escucha el corazón, se está humanizando el sujeto.

La mente se deja impresionar y confundir por la voz del ego, engaña al sujeto haciéndole creer en la veracidad de lo percibido. No obstante, el corazón como “no es voltearepas” porque es la madre de origen y preservadora de la autenticidad, revela que hay una afectación, un estado sentimental intranquilizante. De esta manera, la madre se manifiesta a través del corazón, cuidando a su hijo, asistiéndolo para que se humanice. El corazón conduce los atributos humanos, para que pasen de estar en el camino de la ilusión y sirvan a la humanización del sujeto existente. A continuación, se observan las potencialidades del corazón en el camino de humanización.

Senti-pensar con el Corazón Ancestralizado

La ilusión es una máscara con palabra envolvente, que enreda y desvía al sujeto de su camino de humanización. Un ejemplo es la categoría calidad de vida, manifestada en acumulación, consumo y competencia, con títulos y logros como parámetros. Esta máscara impone una única forma de realización humana, atrapando al sujeto en su discurso hasta alejarlo de su esencia. ¿Cómo cayó en esta ilusión? A través de los sentidos de su cuerpo. La máscara, con su apariencia y palabra, se hace visible y audible. Aquí surge un paralelismo con el método científico, pues la ciencia adoptó esta máscara para imponer su conocimiento. Lo observable y comprobable se convierte en verdad, excluyendo el cuidado. Al ignorar que somos seres creados por una fuerza espiritual y desestimar el cuidado, su visión es limitada y fragmentada.

La máscara no es solo apariencia y discurso, sino un mecanismo de engaño. Su intencionalidad es mantener la separación y romper con lo sagrado. La ilusión de ser dios no solo desconecta del origen, sino que

justifica el dominio sobre la naturaleza. Lo preocupante no es que el sujeto busque su propia verdad, sino que imponga la suya como universal, negando la diversidad. Cada sujeto es único, con un plan inscrito en su semilla. Además, la naturaleza también tiene su propio diseño para naturalizarse. Imponer una verdad científica sobre cómo funciona el mundo niega la red rizomal, donde coexisten sujetos y creaturas. La ciencia, al descartar la sacralidad de las relaciones interdependientes, refuerza el bloqueo histórico y la crisis civilizatoria.

Negar lo intangible implica rechazar el espíritu y los atributos humanos, perpetuando la exclusión de otras formas de conocimiento. Esta negación mantiene el bloqueo histórico y el rechazo a la diversidad. El corazón humano, sin embargo, surge con una ética del cuidado, mientras que el ego promueve una exaltación individualista, desligada del otro y lo otro. En lugar de reconocerse a imagen y semejanza del creador, el sujeto se cree dios. Su ego anula la certeza de ser creado, interpretando cualquier indicio de su origen como una amenaza. Esta resistencia nace del miedo a aceptar lo sagrado.

La ruptura con lo sagrado ha inclinado la dualidad humana hacia el ego-centrismo, provocando conflictos y guerras. La naturaleza se está naturalizando, pero al ser humano aún le falta. Es necesario decolonizar el pensamiento para develar la máscara, y una vía es la ancestralización. Por ello, el conocimiento científico debe tamizarse para filtrar lo que contribuye al cuidado de la vida. Lo que atraviesa este filtro ayuda a comprender la red rizomal, el principio del dar y recibir, y la conexión entre lo tangible y lo intangible en la naturaleza.

El diálogo con la ciencia debe estar guiado por la ética del cuidado, sin perder de vista la ley de origen y la ley de humanización. Gran parte del conocimiento científico actual se desborda hacia el des-cuido de la vida, hacia la separación. La ley de origen dicta dos imperativos: somos seres creados y debemos cuidar lo existente. Entonces, ¿dónde están las prácticas de cuidado? En las cuatro leyes ancestrales, que se expresan mediante principios éticos para develar el ego y su tendencia al beneficio personal sobre el comunitario (común unidad). La menta-

lidad capitalista, centrada en el consumo como sinónimo de calidad de vida, es una ilusión que contraviene la ley de origen.

Desde la ancestralidad, el corazón conserva la palabra de la madre, recordando el acuerdo primigenio de cuidar. A los investigadores científicos les falta sentir. ¿Cómo construir conocimiento incorporando el sentir para cuidar la vida? La ancestralidad ofrece una salida, pues abraza lo intangible y va más allá de la historia, recurriendo a la memoria.

El corazón alberga la memoria ancestral, vinculada a la ley de origen. El territorio natural también la guarda. Sin memoria, no podríamos recordar quiénes somos. Como dicen los Muisca Kamunkwawishe: “somos un aliento de vida que brota de la semilla origen de la creación”. Esta afirmación nació del impulso del anciano Uitoto, Don Óscar Román al anciano Swaie: “en el territorio de Ráquira quedó un polen. Ahí hay una memoria, hay que despertarla”. Basándose en la memoria del territorio y del corazón, y en otros elementos de esta investigación, la gente viene recomponiendo la cosmovisión Muisca Kamunkwawishe en Ráquira.

La memoria permite ancestralizarse, abriendo la dimensión de lo sagrado en los seres humanos. No solo guarda recuerdos de la experiencia individual (memoria histórica), sino también lo transmitido por los ancestros (memoria ancestral). Así, trasciende el tiempo y el espacio, llegando al no tiempo del mito. Como dicen los ancianos del Amazonas, “en el mito ya pasó lo que vivimos ahora... hay que volver ahí para encontrar cómo lo solucionaron los antiguos”. La memoria no solo conserva lo vivido, sino además enlaza lo que marcó al sujeto con lo que vivieron los otros antes de él, para poder entender un presente, un aquí y ahora.

Por esto, la memoria va más allá de la historia, religando al sujeto con lo sagrado. Su fuerza conserva la ancestralidad, permitiendo al ser humano conectar con su origen. El olvidar rompe este hilo; el recordar

lo mantiene. El bloqueo histórico refuerza el olvido, limitando al sujeto a lo tangible, a lo sucedido, sin acceso a lo sagrado.

Un ejemplo del poder de la memoria es la frase ancestral Uitoto: “somos hijos de tabaco, coca y yuca dulce”. En estas palabras se condensa la cosmovisión de este pueblo: el tabaco representa la palabra de la madre de creación, la coca la del padre y la yuca dulce el alimento del hijo/a. Estas plantas sagradas sostienen la existencia, tanto en lo físico como en lo espiritual. Nombrarlas vincula al sujeto con su territorio y su identidad. Así, la memoria, en una frase que deviene del mito, enuncia el sentido de un pueblo.

El senti-pensar con el corazón ancestralizado nos lleva a reconocer el origen como camino hacia lo sagrado. La espiritualidad se despliega desde la ética del cuidado, guiando prácticas y dispositivos ancestrales.

Desde esta perspectiva, se comprende que hay algo más allá de la historia: narrativas que vinculan lo tangible y lo intangible, invitando a una comprensión más profunda del mundo. Al retornar al origen, a través del camino de humanización, emerge una ética basada en el cuidado de la vida y la protección de lo sagrado.

En este equilibrio entre lo ancestral y lo contemporáneo, entre lo tangible y lo intangible, el sujeto sentí-pensante ancestraliza su corazón, sumergiéndose en la sabiduría de sus ancestros. Así, encuentra cómo cuidar de sí mismo, de los demás y de la naturaleza.

Las Implicaciones del Cuidar con una Mirada Ancestral para la Pedagogía de los Saberes sobre la Naturaleza

Desde la ancestralidad, cuidar es seguir las leyes mencionadas para mantener el equilibrio en lo creado. Si se comprende la unidad del rizoma, el sujeto reflexiona antes de dar pie a cualquier intensión contra los otros y lo otro, ya que sería ir en contra sí mismo. Siguiendo la analogía de la semilla, cuidar implica permitir que el otro y lo otro sean sus planes presentes en la nuez, para que las creaturas de la naturaleza se naturalicen y el ser humano se humanice.

Desde este principio ético, cuidar y respetar los planes presentes en la nuez de las semillas, implica abrir las posibilidades de que el otro y lo otro sean. Es permitir que la memoria reflejada en un plan cualquiera, se exprese y se concrete, lo que implica soltar, confiar, entregarse a que el plan se desarrolle, eliminando el capricho pretensioso de querer que el otro y lo otro, se ajusten según un deseo particular. En otras palabras, es renunciar a la idea de imponer al otro y lo otro a que actúen, piensen o sientan según mis intenciones, ya que ellos son inherentemente diversos. Con estas aclaraciones de cómo se comprende el cuidado desde la ancestralidad, se puede pensar en sus implicaciones.

En este contexto, desde la ética del cuidado, en el camino de naturahumanización, surgen actitudes como la dieta y el acuerdo; pero también dispositivos como la meditación, el mambeadero, el pago y el canto; cada uno con influencia en tres niveles: en lo interno del sujeto existente, a nivel relacional con los otros y en relación con lo otro, entendido como la naturaleza.

Entonces, para naturahumanizarnos hay dispositivos de diferentes niveles. En el primero, la meditación, lleva al sujeto existente a revisar en su interioridad, permitiéndole acrecentar la consciencia sobre lo que es su ser, para encontrar la manera de cuidarse a sí mismo. Esta revisión hacia el adentro y hacia el afuera, parte de una premisa importante: los problemas que se viven no se solucionan afuera, sin antes mirar hacia adentro, pues el ego se instala inicialmente en la mente.

El segundo dispositivo, a nivel de relación con los otros y lo otro, que aporta en la naturahumanización, es el mambeadero. Se trata de revisar el afuera, como las relaciones con la pareja, las laborales, con la huerta, con el cerro, con la laguna, pero sin perder el adentro del sujeto. Aquí, las preguntas que surgen son de otro orden. Con este dispositivo, el sujeto junto a los otros, encuentra una palabra para sanarse y ordenar.

También están otros dispositivos como el canto y el conjuro, en el segundo nivel. Estos permiten curar. En el tercer nivel, en lo respec-

tivo a las relaciones de los sujetos con la naturaleza, se plantean los dispositivos del pago, así como el conjuro, el canto y la danza. En los tres niveles relacionales, cada uno con sus dispositivos y gracias al atributo de la palabra, se construye el “acuerdo” llamado “seguá”, del cual surgen las “dietas”.

Profundizando en los niveles relacionales, la meditación es una revisión personal, en donde se indaga por cuáles son las emociones que afectan al sujeto mismo, al otro o los otros. Por ejemplo, la rabia, la envidia o los celos que, en el fondo son un ataque o defensa configurados por el ego, que se despliega en la mente a través de un pensamiento o una idea y desarrolla una narrativa o diálogo interno; una especie de guion para configurar y afirmar un único ángulo de mirada impositivo y violento frente a los otros y lo otro, manifestado en comportamientos, acciones, gestos, discursos, entre otros. El sujeto que está explorando este dispositivo, identifica este recorrido propiciado por el ego y toma la decisión de “no aceptarlo”, dice el anciano Uitoto. En otras palabras, no se sigue el juego, “no se le da más alimento”, refuerza, y se retira de la mente, así se va sanando él mismo y sus relaciones.

Sin embargo, no se trata de cualquier meditación. Para que surja la conexión con lo sagrado, el sujeto entra en quietud y silencio, dos características que aparecen en el mito de creación Kamunkwawishe, que se practican al poporear. No quiere decir que cualquier sujeto no las pueda realizar. La diferencia está en hacerlo con un sentido y sin el mismo, considerando al sentido como dos condiciones (quietud y silencio), de donde partió la creación del universo, y que inspiran a que el sujeto entre en las mismas, para transformar su universo interno en donde están padre (mente) y madre (corazón), que se reflejan en el afuera y aportan a la sanación del otro, desde la idea “cuidar al otro es cuidar de uno mismo”.

De esta manera, lo que surge con la quietud y el silencio en la meditación, es la posibilidad de mover el ángulo de mirada, impulsado por la palabra del padre y de la madre; entonces se derrumba el diálogo interno, la narrativa, el guion dramático, la ilusión; es decir, se devela

la máscara y su intención. La revisión revela una palabra clave: aprendizaje. Se refiere a la construcción de pensamiento propia del sujeto, que le permite ver desde el otro ángulo de mirada, guiado por estas asistencias del origen.

Como la humanización es un camino, el sujeto sigue su curso con el aprendizaje encontrado, una palabra que debe cuidar y dietar para que no se pierda, pues se corre el riesgo de caer en la misma situación conflictiva más adelante; por esto, lo descifrado y comprendido de la actuación de la máscara, se atesora. De esta manera, se va construyendo una ética de cuidado propia. En la construcción de pensamiento que hace el sujeto, logra identificar por dónde entró la voz del ego, cómo se instaló en la mente, de cuál narrativa dispuso, entonces se dieta una palabra, un comportamiento o un estado emocional para no escuchar dicha voz. Así, se va domesticando e incluso podría ser, anulando el ego. Entonces, la meditación permite ver qué es lo que hay que limpiar.

Cuando el sujeto entra en la meditación “atrapa silencio”, se desarma el ego y cambia la perspectiva del conflicto, si escucha la palabra de su corazón. El desafío está en descifrar cuál máscara está hablándole.

Ahora bien, ¿por qué se llama dieta? Como se ha mencionado, la abundancia, en su primer nivel de comprensión, es el alimento para el cuerpo y en el segundo, es el alimento espiritual. Cuando se cambia el ángulo de mirada, donde se es asistido por el origen (padre y madre), se desata un nudo en la mente, derrumbando la voz intrusa y dando pie al aprendizaje, que visto en este contexto como el alimento para el espíritu del sujeto, acrecienta su consciencia. Si no estuviera dicha voz en su pensamiento, no se cazaría el aprendizaje. Este alimento no hay que dietarlo, solo cuidarlo. Pero el que sí se dieta, es el que nutre al ego, la narrativa de la mente. Lo que propicia al sujeto a apoyarse en este dispositivo, inicialmente es el reconocimiento de que el corazón está afectado. Se trata de un mal estar, de donde surge la necesidad de darle un giro para entrar en el bien estar con él mismo y con los otros. Es decir, el sujeto medita para poder cambiar una situación que no es deseable, una necesidad como deseo íntimo del sujeto.

Ahora, se ha mencionado cómo habla la madre en el corazón. Entonces ¿cómo habla el padre en la mente? Desde la quietud y el silencio llega a este atributo humano (la mente) una claridad. “No es una voz ajena que se escucha” dice el anciano Uitoto. La madre habla con un palpito que es dulce, amoroso y tranquilo. El padre lo hace con una inspiración clara, que llega a la mente con la que el sujeto elabora su pensamiento frente a la situación de desafío que está enfrentando. Este constructo de conocimiento, al ser escuchado por el otro, resuena, generando un “alivio”, un “nuevo aire” (dice el anciano Uitoto). Así, lo que se nombra trae un nuevo aliento en quien habla y en quien escucha, un indicativo que se está cuidando.

Desde la ley de origen, se comprende al ser humano como un ser inherentemente cuidador. Este adjetivo cobra especial importancia en el acercamiento a las dos culturas en cuestión. En este sentido, la meditación se presenta como un dispositivo que encausa la necesidad de cuidar. La manifestación de la voz del ego indica una falta de cuidado, lo cual requiere una revisión introspectiva. De esta manera, con el cuido se equilibra, otros dirían con el amor, pero en este contexto es lo mismo. La atención al cuidado de la vida, considerándola como algo sagrado, se equipara al acto de amar. En este sentido, lo sagrado se define como el aliento del padre en todas las criaturas y sus interconexiones, siguiendo una estructura de relaciones en forma de red rizomal.

La ilusión se presenta como una negación de la vida, ya que al negar a los demás y a lo otro, se está negando la esencia misma de la vida. Esto se evidencia en situaciones extremas, cuando un sujeto, dominado por la rabia, llega a cometer actos violentos, incluso el asesinato. De esta manera, la palabra que se encuentra como aprendizaje, se cuida y la narrativa asociada a la máscara (que también es una palabra), se somete a un proceso de dieta en la mente, en el corazón, en la expresión verbal y en la acción.

Para que el sujeto entre en la dieta, se requiere del “yetárafue”, que se traduce como la atención consciente. Estar en “yeta” implica estar alerta desde el presente, consciente y despierto, respecto a lo

que no debe permitirse ingresar a la mente y al corazón. Por ejemplo, una vez que se ha alcanzado el aprendizaje y se ha establecido la dieta de no alzar la voz, al enfrentar nuevos desafíos, la atención se centra en identificar rápidamente cómo surge nuevamente el conflicto en esa situación específica, abordándolo con palabra “fría y dulce”, desechando el impulso del grito. Resumiendo, en este primer nivel relacional, centrado en la interioridad del sujeto existente, la meditación se desencadena a partir del surgimiento de un estado emocional (celos, ira, rabia, envidia, soberbia, etc.). En este momento se abre la posibilidad de alcanzar la quietud y el silencio, como preludio a la meditación. El sujeto se sumerge en un proceso reflexivo, revisando la naturaleza de dichas emociones: qué es, de dónde viene, cómo lo afectó, cómo actuó desde el descuido.

En asistencia del origen (padre y madre de creación), el sujeto se “da cuenta” y devela la máscara que ha llevado consigo. De este modo, encuentra en este proceso el aprendizaje que contribuye a la construcción del pensamiento. Posteriormente, se embarca en una dieta consciente para proteger su mente, sus palabras y sus acciones en relación a los otros. Esta práctica busca dar cuenta del aprendizaje, implementándolo en el presente, permitiendo la transformación de la realidad. Para llevar a cabo este proceso de transformación, el sujeto entra en el estado de yeta, manteniendo una atención profunda y constante en el presente, sin permitirse adormecerse ante los desafíos y oportunidades que se presenten.

Es esencial hacer una aclaración crucial: cuando una emoción ingresa en la mente, es el corazón el que se ve afectado, no la mente en sí misma. En el corazón está la madre de creación, una figura materna que señala el descuido, mientras que la mente permanece indemne, ya que el pensamiento no percibe las alteraciones. El corazón, al hablar del cuidado, resguarda la voz de una madre que dio a luz a sus hijos y continúa cuidándolos. En otras palabras, ante un desequilibrio o descuido, el sujeto siente la repercusión en el corazón, aunque no logre comprender plenamente, solo hasta que la mente se aquiete. En ese momento entra la palabra fría del padre para apagar la candela. Es el

sentir el que actúa como brújula, revelando al sujeto que se ha desviado del camino de humanización.

Esta percepción se consolidó para la investigadora cuando el anciano Cantalicio le expresó en el mambadero:

Yo aquí le he ofrecido caguana, fariña, pescadito. Aquí hemos prendido el fuego y yo le he entregado palabra. Entonces, dígame ¿Cómo me va usted a cuidar Lluvecita? –Cuidando su palabra abuelo. –¡Eso es! No hay que hablar más. Pero, cuidado deja entrar orgullo en su corazón. (Mambadero, 23 de mayo de 2023)

Este intercambio, como el dar y recibir, refleja la importancia de cuidar la palabra y el constante recordatorio sobre el yetárafue, ante la entrada del orgullo en el corazón.

Ahora bien, ¿por qué se hace necesario revisar inicialmente hacia adentro? Por varias razones. La dimensión interna, tanto tangible como intangible, constituye el espacio donde el sujeto puede incidir, es decir, ejercer un impacto directo. En otras palabras, es hacerse responsable de sí mismo, partiendo de la premisa de que nadie puede cambiar a otro si este último no lo desea. Esto se debe al hecho de que la perspectiva, construida a través del pensamiento, es única para cada sujeto existente, reflejando su singularidad, que da paso a la alteridad y la diversidad.

Entrando en el segundo nivel relacional, desde la ancestralidad se aprecian varios dispositivos como el mambadero, el conjuro y el canto. En el primero, cada sujeto mambeador se sumerge en el estado de meditación. A partir de aquí, se entra en el diálogo con los otros, un tejido particular de palabra que no permite el juicio o señalamiento, sino que se manifiesta las afectaciones presentes en el corazón, sin señalar al otro involucrado en el conflicto. El tejido dialogal se hace en relación a cómo va hablando el padre, la madre y cómo cada sujeto va construyendo su pensamiento, para encontrar el alimento espiri-

tual, un nuevo aliento de vida con el que sale de la maloca después del mambear. Este dispositivo se desarrolla en la casa ceremonial, una condición particular para hacer “un alto”, revisar grupalmente y retornar a la realidad con otro aire de vida.

Siguiendo la analogía de la semilla, cada mambeador es una de ellas con su nuez, en donde está el plan y su pulpa. Mambear es dialogar desde la asistencia de lo sagrado, con los otros, para llegar al acuerdo (seguá), en función de la expresión del plan, buscando, por ejemplo, que Martha sea Martha y no José. Cuando todos van realizando su plan, y expresan su fuego interno, hay equilibrio. De esta manera se necesita confiar en este designio y soltar el capricho de la voz del ego. Por esto mismo, el mambeador dieta decirle al otro lo que tiene que hacer, ya que el consejo es mostrar otro ángulo de mirada, que se acoge o no. Así que los mambeadores están en yeta para exponer preguntas que surgen desde un conflicto en cuestión.

La descripción detallada y las potencias tanto del mambeadero como del canto, se encuentran en los dispositivos del capítulo anterior, referenciados a cada cosmovisión. Con ellos, las dos cosmovisiones perviven sus culturas y construyen un pensamiento para el buen vivir.

Dentro del dispositivo del mambeadero, también surgen aprendizajes que se manifiestan en forma de consejo, acuerdos grupales, dietas y el yetárafue. Estos pueden provenir de la narración de un mito, como de la misma meditación en resonancia con los otros sujetos mambeadores.

Al igual que el mambeadero, los dispositivos del tercer nivel relacional con la naturaleza, parten del diálogo, en donde se hace acuerdo con ella, utilizando la palabra desde las cuatro acepciones. El acuerdo establece unas maneras de dar y recibir, considerando las dietas y el yetárafue.

Recordando los principios de la ley de naturalización como el dar y recibir, la tensión, el plan de la semilla-creatura, la unidad, la dualidad; la circulación de materia, energía y soplo de vida; las esencias y los

dueños espirituales, nombrados por el anciano Uitoto como buinaimas, buinaiños, se pretende dar a conocer las articulaciones profundas entre las dimensiones ser humano, naturaleza y ancestralidad, que son relevantes en la investigación para alimentar este cuerpo epistémico de la ECN, desde la ética del cuidado expresada en formas de ser, habitar y relacionarse con la naturaleza.

De la misma manera que en el mambeadero, el diálogo con la naturaleza se hace para llegar a acuerdos. Por supuesto, no solamente con los mismos códigos sonoros en los que se basa una comunicación interpersonal. Se trata de dialogar utilizando los atributos humanos como mente, corazón, espíritu, palabra y, sobre todo, el cuerpo con sus sentidos (gusto, tacto, olfato, oído y visión), ya que es el espacio que marca una relación directa e intrínseca con la naturaleza. Estos sentidos despiertan un palpito en el corazón, desde la ética del cuidado. Como lo creado presente en la naturaleza también es semilla con su pulpa y su nuez, este sentir en el corazón conduce a permitir la expresión del plan: para que la mata de mango sea mango, para que el río sea río y no cloaca. Cuando todos realizan su plan, la gente naturaleza en función de la naturalización y los seres humanos en función de la humanización, mantienen el equilibrio y la tensión no se rompe conduciendo al caos.

De esta manera se acompaña, se cuida y se sirve regresando a la ley de origen, en donde se contempla que todo es creado y que en cada creatura-semilla reside un plan. Así, ya sea un hongo, un líquen, una serpiente o cualquier otro ser vivo, experimentan una realización donde, en algún momento, su materia, energía y soplo de vida transita por la red rizomal. Esto implica la concepción de una tensión en equilibrio, como se mencionó anteriormente. Entonces se establecen acuerdos con las piedras, con el agua, con los árboles, entre otros. El compromiso tiene como objetivo respetar que el plan se materialice conforme la ley de naturalización y no desde la voz del ego. Se busca evitar que el plan del carbón, por ejemplo, se distorsione en la dirección de mover termoeléctricas, una intervención humana en el diseño de

origen. Cada creatura sigue su propio curso para cumplir su plan, y en el caso del carbón, es transformarse en diamante.

En otras palabras, nos encontramos ante una senda natural que, como seres humanos, hemos alterado. Este cambio de rumbo impide que la ruta se complete, y ello se debe a la avaricia y la soberbia, aspectos del ego vinculados a la noción de capital, que amenazan y perjudican el desarrollo del plan contenido en la nuez de cada semilla.

Cada ser de la naturaleza posee sus propias fuerzas espirituales, conocidas como buinaimas y buinaiños. Aunque sus nombres no son conocidos para nosotros, se establecen acuerdos con ellos, reconociendo que cada criatura que integra las gentes piedra, animal, vegetal o astros, tiene sus guardianes y señala con quién entablar el acuerdo y acompañarse. Cada ser tiene un propósito dentro de su plan y una esencia distintiva, capacidades intrínsecas para cumplir una función vital en el entramado de la red rizomal. Por ejemplo, un manzano produce oxígeno y manzanas, esa es su razón de existir, su propósito fundamental en el tejido de la vida.

Cuando se nombra la palabra “acompañar”, no se hace desde una visión romántica. Es aceptar la presencia de lo otro (naturaleza) y los otros sujetos, cada uno con su plan como semillas, con sus esencias y bajo el acuerdo. Este lo rige la ley de naturahumanización, porque la expresión de cada plan, sea de la creatura de la naturaleza o de cada sujeto existente, deviene en tensión.

No se trata de un diálogo común, sino de uno exigente, pues implica establecer comunicación con lo intangible, una dimensión que la educación formal ha negado. Esto incluye, por ejemplo, la relación con un jefe espiritual (buinaima) o incluso con un animal no doméstico, con el que antes ni siquiera se consideraba posible dialogar. La cuestión es cómo sostener esta conversación desde la tensión, sin anular el plan del otro o de lo otro, ya que toda ruptura, independientemente de su naturaleza, surge precisamente de la negación de esa relación tensa. Por lo tanto, el acompañamiento no debe interpretarse desde una visión

romántica o idealizada, sino como un ejercicio de equilibrio constante, semejante a un malabarismo sobre una cuerda floja. En este contexto, la tensión no debe asociarse con algo negativo; al contrario, como se plantea en la ley de naturalización, el equilibrio no es posible sin la tensión entre las criaturas. Además, la diversidad solo puede comprenderse plenamente cuando se reconoce la existencia de esta tensión.

De esta manera, al reconocer la existencia de la tensión como medio para expresar la diversidad, se forja un acuerdo que preserva la conexión entre los otros y lo otro, siendo la ley de origen el fundamento más profundo. Según el mito Uitoto, los seres humanos de la segunda creación, gracias al tabaco, pactaron un acuerdo con los dueños de los doce mundos. Imaginar el tamaño del acuerdo es algo inconmensurable. Aunque provenga de un mito de otra cultura, lo esencial aquí radica en la existencia de un seguá primigenio, que puede ser recreado y recordado, ya que se comprenden aspectos fundamentales como el cuidado, el plan de las semillas, la presencia de las esencias y la red rizomal, que delinea la intención del convenio.

Con estos elementos fundamentales basta para definir cómo actuar, dialogar, pensar, acordar y equilibrar, todo en función del cuidado. Este es el punto de partida, desde el cual se precisa cómo establecer relaciones como ser humano, una pequeñísima parte de la red, con la infinitud de criaturas que la sostienen y la dinamizan. Entonces, el acuerdo es respetar unas leyes mencionadas, que, si se hace, se está respetando el desarrollo de los planes dentro de la tensión.

Ahora bien, si se logra que los estudiantes de ciencias naturales comprendan este planteamiento, el ángulo de mirada se mueve y ellos pueden construir su propio pensamiento, desde ese nuevo lugar de mirada que determinará sus futuras relaciones con las gentes de la naturaleza.

Siguiendo esta línea discursiva, podría percibirse la tensión entre el tigre que devora la boruga y los gusanos que consumen el árbol, como una afectación negativa. Sin embargo, esta percepción es errónea, ya

que la red mantiene un equilibrio en el cual otro ser compensa esa pérdida. Así, el principio del equilibrio radica en que toda creatura da y devuelve, pero dentro de una tensión inherente a la red rizomal. Además, en la expresión del plan de cada creatura-semilla, siempre hay un flujo de dar y recibir. Por ejemplo, el ser humano recibe de la planta de agraz oxígeno, hierro, fructuosa y agua. A su vez, desde su atributo corporal, devuelve a la red rizomal dióxido de carbono al exhalar, y al suelo agua, sales minerales y urea, a través de la orina, elementos que luego son aprovechados por bacterias, hongos y la misma planta.

Desde el plano de lo intangible, para el anciano Uitoto “el resuello” es algo importante porque es el aliento de vida; para los Muisca Kamunkwawishe, cuando se poporea, el pensamiento es aire que se exhala con el cual se preña la existencia. “¡Cuidado con lo que está pensando!” dice el anciano. Entonces, desde la dimensión espiritual, la palabra considerada una exhalación de dióxido de carbono con vocablos, significantes y sentidos, es una manera de devolver que llega a la creación, recibéndola tanto los buinaimas y buinaiños, presentes en la naturaleza, como la humanidad entera. Por esto mismo, la naturaleza escucha y responde a esa palabra que se piensa, se siente, se habla y se actúa en coherencia o no. De ahí la responsabilidad humana en el equilibrio de la naturaleza.

Cuando se realiza un conjuro, “se busca conmover la esencia de la albahaca, por ejemplo, para que el cuerpo elimine la jaqueca”, explica el anciano Swaie. De manera similar, al dialogar con un gusano que está consumiendo las matas de maíz en la huerta, se le puede decir: “Esta planta es alimento humano. Yo soy un humano; usted no lo es. Vaya a donde el padre lo puso, que allá está su comida”. Este acto es una construcción sencilla que recrea, recuerda y ordena sin romper la tensión, pero posee una fuerza significativa, ya que la palabra, como atributo humano, tiene un poder transformador cuando es sentida, pensada y verbalizada con coherencia.

Así, mediante la exhalación, se entrega un pensamiento de cuidado, recordando al mismo tiempo que cada ser tiene un plan, un designio

propio en su lugar y con su alimento específico. Sin embargo, aún no se ha establecido un acuerdo. Este solo se consolida cuando se activa la dieta, al dirigirle al gusano la palabra: “Yo no voy a interferir en donde está su comida, puede devolverse tranquilo a su lugar, porque mi comida es mi plan y su comida hace parte de su plan. ¡Retírese!”. De este modo, se decreta un acuerdo que, incluso, si se conoce, puede evocar la esencia de la creatura, como ocurre al conjurar la albahaca y su aroma refrescante.

Entender que el acto de pagar, devolver o dar, está intrínsecamente ligado al cuidado y la realización de cada plan, lleva a mantener el equilibrio dentro de la naturaleza. En esta dinámica de tensión, se produce un constante intercambio: se da y se recibe y viceversa, en un fluir continuo de materia, energía, esencias y soplo de vida. No obstante, si se recibe y recibe de manera desproporcionada sin devolver lo justo, se rompe la tensión, afectando así el hilo de una relación o varias, presentes en la red.

Desde la perspectiva del servicio, se trata de entender que existe una interconexión entre los seres, donde cada uno mantiene su esencia al contribuir al desarrollo de la esencia del otro. Cuando uno recibe de manera desproporcionada sin devolver se crea un desequilibrio, un vacío que puede afectar la subsistencia de otra creatura al interferir con su alimentación, lo que a su vez repercute en otras criaturas con las que está relacionada. Esta ruptura de los vínculos, compromete la integridad de la red rizomal y frustra el propósito de las semillas, disminuyendo así la diversidad.

En el camino de naturahumanización, el ser humano busca honrar los acuerdos establecidos, al mismo tiempo que reconoce la importancia de acompañar a través del servicio. Esta comprensión implica ser consciente de que al dar algo, se está apoyando y sirviendo para que otro sea. Es reconocer con gratitud el acto de dar y recibir en equilibrio, lo que esencialmente se traduce en expresar agradecimiento.

Es aquí cuando surge el pago como dispositivo relacional. El sentido y su descripción se desarrollan a profundidad en el capítulo anterior. Sin embargo, se quiere resaltar su potencia, bajo la ley de naturahumanización. El pago es un agradecimiento, un reconocimiento del otro y de lo otro, presentes en la naturaleza. Esta acción derrumba la soberbia voz del ego que separa y anula la diversidad de lo existente.

Expresar gratitud mediante el pago es un sentimiento, una reflexión, una comunicación hablada mediante la acción. Este acto se lleva a cabo en compañía de otros y en un contexto específico, con el propósito de transformar al sujeto existente para humanizarse. Agradecer de esta manera, conlleva a la humildad y al reconocimiento del lugar que ocupan los otros y lo otro, recreando la conexión. Se agradece ritualmente con pensamiento, palabra, canto y danza; algo recibido para que sea mi plan. En este ritual no hay cabida al egocentrismo, por el contrario, se hace necesario saber que doy lo que realmente el otro y lo otro necesitan, para seguir siendo su plan.

Al plantear lo anterior, como pregunta de apertura dentro de la ECN, lleva a los estudiantes a cuestionarse por su relación con lo otro y los otros, desde la tensión, el dar y recibir, el acuerdo y el plan; desde ahí surgen los primeros atisbos de un pensamiento crítico en los estudiantes, pues induce a mover el ángulo de mirada.

Se busca abrir los espacios dialógicos, para comprender lo que circula en la naturaleza, a través de la articulación de elementos tangibles e intangibles. Como se ha mencionado, el soplo de vida es el que llega a despertar el plan que está en la memoria de cualquier criatura-semilla, ya que la naturaleza se rige por la ley de origen y la ley de naturalización. Quiere decir que la criatura en la naturaleza también tiene una memoria, pues su soplo deviene del origen. Este soplo también alimenta las criaturas; por eso, en la analogía de la semilla se ubica en la pulpa. Es un impulso para despertar la vida, la esencia y el plan.

El soplo viaja. En el intercambio inherente a la naturaleza, que se rige por el principio de dar y recibir, no solo se limita al plano material, sino que también abarca el plano espiritual, pues la naturaleza alberga sus propios espíritus, buinaimas y buinaiños. Lo que se respira no es solo físico (oxígeno, dióxido de carbono entre otros), también un aliento espiritual, ya que hay una palabra como inspiración que deviene del padre y llega a la mente. Entonces, si el soplo de vida viene del padre y transita por la naturaleza, lo que entra por la nariz del ser humano es más que un gas, es el soplo, la asistencia del origen que llega para recordar el sentido del ser, o en el caso de las otras criaturas naturales, su esencia y su plan. Este es el resuello del que habla el anciano Uitoto, “un aire de vida”.

Cuando se respira, se recibe un aire de vida que deviene de lo intangible. Es por esto que en el mambeadero se dice “llegó el aliento de vida” al ordenar para “aliviar” lo que no se entendía, lo que generaba sufrimiento. Llegó el nuevo resuello al enfermo. Este soplo del origen es igual para todos.

De esta manera, se puede interpretar la expresión del anciano Uitoto “el soplo del padre que todo lo mueve y lo entretiene”, como la manifestación de una energía constante que, al insuflar vida, se convierte en consciencia, siendo el aliento del padre que impulsa y anima todo. Adoptar esta perspectiva implica entender que, al respirar se inhala y exhala consciencia, la cual se extiende a otros. La mera respiración tiene el poder de transformar el ambiente, ya sea generando conflicto o instaurando tranquilidad. Por ejemplo, en lo que se ha llamado “el desafío” del sujeto existente, cuando una de las partes logra respirar y calmar su estado emocional, se percibe en el aire circundante que llega al otro. Por lo tanto, el cuidado también se enfoca al soplo que llega como consciencia. Es por esto que el anciano le da importancia al “resuello”, al que otros nombran prana¹¹.

11 Un término sánscrito que se refiere a la energía o fuerza vital que, según algunas tradiciones espirituales e hinduistas, fluye en todo ser vivo y es fundamental para la salud y el bienestar.

Una articulación entre los planos tangible e intangible se puede expresar de la siguiente forma: el aliento de vida, presente en el aire, ingresa a los pulmones como consciencia; pasa a la sangre y llega al corazón, donde está la asistencia de la madre que otorga su impronta, una palabra dulce. En cada instante y con cada latido, la sangre se impregna de esencia de la madre y el corazón la pone a circular, asegurándose que todas células queden con consciencia y con dulzura, pues no hay ningún rincón del cuerpo al que no le llegue sangre. Así alcanza el cerebro, donde se entiende que la mente reside como un espacio abstracto. En este punto, asiste también el padre con la inspiración para que el sujeto, como hijo o hija creada, construya su pensamiento. Surge la palabra verbalizada, manifestada como aliento en la voz que se escucha. Esta expresión verbal resulta ser una amalgama de la esencia del corazón y del pensamiento, que se individualiza en cada sujeto existente, ya que posee un cuerpo con sus cuerdas vocales, su cerebro, su mente y su espíritu de manera singular.

Luego, la palabra emitida por el sujeto viaja con la potencia propia de las partículas gaseosas, que al repelerse unas a otras, facilitan su expansión. Sin embargo, no solo se propaga por su naturaleza física, sino también por la intención del pensamiento que la impulsa, permitiendo que sea incorporada por otros. Estos no son los mismos sujetos, ni las mismas creaturas de la naturaleza, ni los mismos planes, lo que evidencia una unidad relacional en la creación, un flujo constante que nunca se detiene.

En este tránsito del aliento de vida, el soplo que recorre la naturaleza “mueve y entretiene la vida”, pero no es el plan en sí mismo, pues este se percibe en el corazón. Así, cuando la consciencia transportada por ese soplo, ingresa a los pulmones y llega al corazón, su propósito es despertar, es decir, recordar el plan. Este proceso también nutre la sangre que circula por el cuerpo, facilitando un viaje de alimentación esencial. De esta manera, se profundiza en la comprensión de que todo está intrincadamente entrelazado, ya que el soplo representa la vía de conexión con los otros y lo otro, desde una dimensión intangible: el plano espiritual.

Ahora bien, ¿cómo se articula el soplo de vida con el acuerdo (seguá) y el acompañar en los dispositivos de la meditación, el mambeadero y el canto? Cuando en el mambeadero se escucha decir “que el padre mantenga el soplo de vida”, se está invocando la consciencia de las leyes que rigen la existencia: la de origen, la de humanización y la de naturalización. Por otro lado, si en los humanos el soplo es lo que se expresa con palabras, entonces, en la meditación, el canto, el mambeadero y el conjuro, emerge un consejo que no es más que un soplo convertido en palabra y sentido. Por ello, el conjuro es soplado, el canto es una manifestación del soplo en un enunciado epistémico y el mambeadero es la exteriorización de la voz interna, el proceso de descifrar en palabras un consejo o un acuerdo como aliento de vida para vivir bien. Así, la articulación se encuentra en una única intención: cuando el sujeto mambea, canta o conjura, está haciendo resonar la palabra de origen, aquella que equilibra, armoniza y “todo lo mueve y lo entretiene”, para continuar con el cuidado.

Los tres dispositivos están vinculados a la palabra, que representa la esencia del origen. Es evidente que la energía emanada del padre y la madre de la creación, contenida en todo lo existente, se expresa a través de la palabra. Como se “es a imagen y semejanza”, esta esencia también se manifiesta en el soplo, transformándose en palabra.

Por otro lado, se menciona que la consciencia viene en la respiración, pero no se pretende que se entienda en los estudiantes que cada vez que se respira, fácilmente se es consciente. Si fuera así, tales desafíos para humanizarse estarían solucionados instantáneamente con cada inhalación. La consciencia es un resultado de los dispositivos en acción (meditación, mambeadero y otros), de tal manera que cuando el sujeto se “da cuenta”, que es lo mismo que acrecentar la consciencia, emerge la palabra del cuido. Se trata de una necesidad y exigencia que nacen en el sujeto, porque le impele adivinar la causa del desequilibrio, surgido de diferente fuente.

Cuando el anciano Cantalicio dice “la naturaleza es nuestra enemiga”, se genera ruido. Sin embargo, si se entiende la idea de tensión

presente en los hilos de la red rizomal, se comprende un poco más. Si el sujeto quita y quita sin devolver, reclaman las creaturas y sus dueños (buinaimas y buinaiños), expresándose en un conflicto. Es decir, la tensión en los hilos se aumenta cuando vienen los dueños, a quitarle a la fuerza lo que no se les ha devuelto equitativamente, pues no se respetó el acuerdo primigenio. De esta manera el reclamo se manifiesta como enfermedad. En palabras coloquiales, cuando los jefes de la naturaleza están bravos, se expresa una enfermedad en el sujeto o su familia que quitó y quitó sin devolver; una peligrosa consecuencia que pone en juego la vida de la persona. Aquí, el cuerpo humano, como atributo que relaciona al sujeto con la naturaleza, juega un papel trascendental. En esta reflexión es importante no perder de vista su sentido.

El cuerpo es un pedazo de tierra humanado, porque tiene todas las esencias de la naturaleza. También es un espacio habitado por el espíritu, que cumple el papel de ser mediador entre lo tangible y lo intangible. Al nacer el sujeto en un territorio, con unas condiciones particulares y rodeado de otros, se va construyendo el sujeto existente; es decir, el que deviene gracias a una memoria histórica y otra ancestral. Desde lo intangible, lo que mueve al cuerpo y lo habita es aliento propio al sujeto existente que da el padre, llamado espíritu. Se comprende como una energía particular que viene del origen. El objetivo del cuerpo es ser dispositivo para la manifestación del espíritu en la existencia, pues con él se entra a ser regido por la ley de naturalización, a través del dar y recibir. Adicionalmente, sirve como alerta, una bandera roja que se iza cuando se manifiesta la enfermedad. Asimismo, requiere cuidado a través de los cinco sentidos (tacto, gusto, olfato, oído, vista). Estos guían las elecciones sobre lo que se ve, se escucha, se come, se toca y se huele, que se traduce en decisiones sobre qué vestir, qué sembrar, qué cocinar, qué ver en la televisión o el internet, qué música escuchar y hasta con quién establecer relaciones sexuales.

Al sujeto construir un sentido de vida desde la humanización, decide cómo cuidar tanto la red rizomal que se lo permite, como el cuerpo-medio que le permite hacer parte de ella; en consecuencia, el cuerpo adquiere el sentido de lo sagrado.

Partiendo de estas consideraciones, el cuerpo humano se conecta con los hilos de la red rizomal por donde habla la naturaleza; es decir, no solamente con los sentimientos que llegan al corazón y que llevan al sujeto a la meditación, sino también con la enfermedad, entendida como el último recurso que pone en alerta al sujeto, porque está en riesgo su vida gracias a un des-cuido.

Se podría concluir, entonces, que la enfermedad tiene dos orígenes: uno derivado de un desequilibrio en la relación con la naturaleza, cuando no se respeta el principio de dar y recibir, y que los buinaimas y buinaiños llaman la atención; y otro, generado por un desequilibrio interno, producto de la ilusión arraigada en el ego, que surge en las relaciones con otros sujetos existentes.

De esta manera, el cuerpo, entendido como un atributo humano, se convierte en un vehículo que revela la presencia de la enfermedad y posee el poder de sanar. Este atributo actúa como una herramienta potente, mostrando al sujeto algo que requiere equilibrio. A través del cuerpo, el sujeto puede armonizar mediante la danza, la imposición de manos para la sanación y emplear el soplo de los labios para recitar conjuros, conmoviendo las esencias y facilitando la curación. En otras palabras, el cuerpo desde esta comprensión permite que llegue la abundancia a nivel espiritual y físico, porque expresa materia (lo tangible) y espíritu (lo intangible).

Ahora bien, ¿qué es la enseñanza de las ciencias naturales (ECN)? Su esencia radica en acompañar y servir para el logro de la consciencia, a través de una experiencia que potencialice preguntas de sentido en el estudiante. Es compartir este ángulo de mirada, la articulación entre lo espiritual y la expresión física de todo lo que existe. Es comprender la palabra desde las cuatro acepciones para poder construir, nombrar y respetar el acuerdo; es cuidar de las creaturas para poder cuidar de sí mismo; es mantener el hilo de la tensión sin romperlo, para comprender qué es la tensión y cómo surge; es cuidar las relaciones para vivir bien. No obstante, dar y recibir dentro la ECN, implica en los

estudiantes preguntarse por cómo estoy recibiendo y cómo estoy dando para mantener el equilibrio.

La Enseñanza de las Ciencias Naturales (ECN) implica compartir conocimientos que abarcan desde la comprensión fisiológica, química y física de las dinámicas de la vida en el planeta (lo tangible), hasta la palabra que equilibra todo lo existente, incluyendo la sabiduría arraigada en la memoria ancestral (lo intangible). Este enfoque busca promover un cambio de perspectiva y relacionamiento con la naturaleza y los otros sujetos, orientada hacia el cuidado de la vida. Por lo tanto, es imperativo tamizar el conocimiento científico, en función de la ética del cuidado que se deriva de la ancestralidad, sin pretender que los estudiantes sean indígenas, de lo contrario se seguiría siendo colonizado.

De esta manera, la ancestralidad erige un conocimiento que contribuye a la transformación de la ECN, manifestándose a través de las tres leyes que resurgen con la memoria. Estos preceptos, al aterrizar en la realidad presente de los estudiantes, se transforman en principios éticos que delinean formas de ser, estar y relacionarse con el mundo. En este sentido, se recrea el acuerdo primigenio del cuidado, se reconoce el plan inherente a las creaturas, se acuerda con los otros y lo otro, en medio de la constante transformación de la realidad, y se permite ser uno mismo, contribuyendo así a que todas las creaturas también lo sean. Es crucial destacar que la espiritualidad se convierte en el fundamento de esta comprensión, intrínsecamente vinculada a la noción de ancestralidad.

Cuando el sujeto-estudiante descubre que su pensamiento ha sido colonizado, adoptando lo que otros desean que sea, empieza a develar su rostro, uno propio al sujeto existente, que refleja a su vez la esencia humana compartida. Decolonizarse entonces, es un acto de dignidad, darse un rostro con rasgos afines a sus necesidades, sus preguntas, sus desafíos dentro de un contexto relacional y bajo un territorio particular.

Decolonizar el pensamiento implica despertar los atributos inherentes al ser humano (corazón, mente, palabra, cuerpo y espíritu). Este

despertar permite construir una episteme personal, desde la cual se puede comprender y actuar en el mundo, guiado por la ética del cuidado. De esta manera, la ancestralidad como salida, provoca e impulsa la construcción de esta episteme, a través de la memoria, definiendo así el actuar relacional en el presente. En conclusión, es digno darse un rostro propio en el camino de humanización, ya que lo identifica acorde a lo que es el ser humano.

Ahora bien, este cuerpo epistémico se erige como una perspectiva general, desde la cual se aborda la ECN, explorando las preguntas fundamentales sobre el ser humano, la naturaleza y la ancestralidad en el contexto territorial de los estudiantes. Cada sujeto existente posee su propio ángulo de mirada, bajo una realidad particular y un lugar-territorio compartido con los otros y lo otro. En otras palabras, se teje con las particularidades de su ser, de los otros, del territorio y de las creaturas que lo rodean, dando forma a una manera singular de ver y actuar, permitiendo así, la diversidad y en su correspondencia la interculturalidad.

Aunque los dispositivos, prácticas y actitudes difieren, los principios éticos generales que abarcan las tres leyes (origen, humanización y naturalización) son de amplio espectro. Aunque no se conocen los buinaimas y buinaiños de Ráquira, difieren de los amazónicos debido a las particularidades de sus respectivos territorios. Sin embargo, los principios fundamentales de la ley de naturalización, como el dar y recibir, la unidad, el acuerdo y la tensión de los hilos en la red rizomal, son los mismos en ambos lugares. Por ejemplo, la diversidad de creaturas se manifiesta desde la ley de naturalización, a través del calendario ecológico específico de cada territorio. Este no se limita a las estaciones del tiempo, sino que revela las formas en que las esencias se expresan y circulan en cada lugar, y por eso los sujetos existentes son particulares a su territorio, pues las esencias no son las mismas. En definitiva, este calendario va más allá de un simple registro temporal, ya que determina la expresión de las esencias que llegan a cada cuerpo del sujeto.

Entonces, se puede decir que el marco epistémico para la ECN es amplio, general y en constante construcción. Sin embargo, permite indagar desde lo general (las tres leyes) a lo particular, es decir a cómo estas se expresan en un territorio. Esto quiere decir que la ECN también es particularizada a cada lugar. Por eso el cuerpo epistémico es una estructura para entender cómo mantener el equilibrio en la expresión de la naturaleza, que compone el territorio que se habita; ya que no es lo mismo la ECN en Güican con su nevado de El Cocuy, al de Ráquira con su desierto La Candelaria, de lo contrario se estaría negando la diversidad.

Un gran aporte al cuerpo epistémico de la ECN son los campesinos y campesinas, ya que los estudiantes de la Institución habitan el sector rural. Ellos conservan la memoria ancestral del territorio raquireño, que en un futuro podría darse. Entonces, no se puede descontextualizar totalmente la ECN y producir una general, sino que esta matriz epistémica, planteada desde la ancestralidad, remite al lugar para que no se pierda la diversidad. De lo contrario, se corre el riesgo de homogenizar, como se ha venido haciendo en la educación colombiana.

Lo que se plantea de manera general para la ECN se centra en el ser humano, y lo que lo hace diferente a todas las creaturas. No obstante, la singularidad que da origen a la diversidad radica en el sujeto existente, en su territorio y en el entramado de sus relaciones, junto con la historia de vida que trae consigo. Aquí juegan los dispositivos como la meditación, para poder actuar en la realidad de manera que se alcance el buen vivir, mirando hacia adentro para comprender el afuera. Simultáneamente, las experiencias y preguntas que surgen desde el afuera, se convierten en reflexiones o adivinanzas que alimentan el adentro.

Entonces, la ECN se focaliza en el camino de humanización, que no es más que ordenar desde la ancestralidad, para vivir bien en un territorio. En este trasegar estamos todos los seres humanos, la docente y los estudiantes, los padres de familia, el rector, entre otros; cada uno a su manera, porque somos sujetos existentes que posibilitan la diversidad.

Lo presentado en este capítulo es la construcción de un ángulo de mirada, que surge a partir de la comprensión de dos cosmovisiones culturales, comprendiendo cómo se deconstruyen los sujetos y cuál es su aporte en la transformación de la relación del ser humano con la naturaleza para otra ECN. Es decir, cómo se construyen nuevos paradigmas, ya que el de la modernidad y su sostenibilidad como acción ambiental, no responden las preguntas para mantener la vida en el planeta Tierra, considerando los desastres provocados por la crisis civilizatoria.

La sustentabilidad ofrece salidas en tanto al ser humano, a partir del trabajo desde la connotación que encierra esta episteme, desarrolla sus propias prácticas y en ellas está devolviendo y acogándose al principio de dar y recibir. La sustentabilidad se acerca a la ley de naturalización, en donde todo está en tensión y en equilibrio.

Si esta categoría contempla la ley de naturalización, se percibe no solo el plano material sino espiritual, ya que está relacionada con el propósito de permitir que en la naturaleza se desarrolle el plan de cada creatura. Es decir, la sustentabilidad permite considerar los ciclos naturales en ese dar y recibir que, bajo este cuerpo epistémico, se incorpora en la ECN de la siguiente manera.

Desde el trabajo, la sustentabilidad se refleja en la soberanía alimentaria, en tanto mantiene los recursos propios a cada territorio. Existe un principio que contempla esta categoría y es que cada cual, en su lugar y de acuerdo a sus conocimientos construidos, tiene su propia manera de proveer sus alimentos, como lo han hecho los pueblos de la Tierra milenariamente; esto abre las puertas al saber campesino como cultura, comunidades de donde provienen la gran mayoría de estudiantes. Por lo tanto, vivir la sustentabilidad implica una actitud distinta, que favorece los procesos de la naturaleza desde lo tangible y lo intangible.

Las categorías que contempló la investigación, como la colonialidad, el territorio, la historización, lo sagrado, el sujeto, el ser humano, la

cultura, la interculturalidad y la naturaleza, están amarradas en esta episteme. Sin embargo, la interculturalidad es el resultado de esta manera de ver y comprender, en donde no se hace aportes concretos, solo se ve su potencia que permite apreturas, para construir un ángulo de mirada para la ECN.

Siguiendo los dos momentos del sujeto dentro del mambeadero (darse cuenta y dar cuenta), y desde lo que se entiende por consciencia, la episteme es un “darse cuenta” de quién soy y cómo me relaciono, y los dispositivos didácticos son un “dar cuenta” a través de la enseñanza de las ciencias naturaleza.

Finalmente, en el título “la Enseñanza de las Ciencias Naturales” (ECN), la palabra “enseñanza” tiene otro sentido para la investigadora, alejado de aquellas nociones que reducen el campo pedagógico a aspectos instrumentales y despolitizados, las cuales han contribuido a tecnificar y mecanizar la labor docente.

Se la comprende como el ejercicio de “acompañar”; un “permitir” que el plan de la semilla-estudiante sea; un “potenciar” el movimiento del pensamiento en ellos, para que surja otro ángulo de mirada diferente al que ha mantenido el bloqueo histórico. No se trata de “explicar” lo que la realidad y la naturaleza son. Se le apuesta al cuerpo epistémico, que contribuye a develar lo hegemónico del campo científico con conceptos cerrados, para dar paso a la decolonización, a través de la construcción de pensamiento crítico que logren hacer los estudiantes. Sin embargo, al considerar que esta episteme es el pivote del ejercicio docente de la investigadora, se propone cambiar la palabra “enseñanza” por “pedagogía”, incluso la palabra “ciencia” por “saberes”, ampliando el campo de acción más allá del salón de clases y llegando al territorio con los “saberes otros”. Entonces, “la pedagogía de los saberes sobre la naturaleza”, abre las puertas a otras poblaciones y espacios, en donde un docente también tiene injerencia.

En consecuencia, el ejercicio pedagógico desde este ángulo de mirada contempla a padres y madres de familia, a vecinos veredales, a

juntas de acción comunal, al acueducto veredal y a todo espacio participativo y político, en donde desee y tenga acción una pedagoga, ya que los participantes se están preguntando por la existencia en un territorio en donde está también la otra gente (animales, vegetales, minerales...). Así, la esfera pedagógica se amplía y la dimensión ético-política de un docente en el territorio se recupera, en función de la transformación social y el buen vivir.